





Universos socioespaciales  
*Procedencias y destinos*

BIBLIOTECA JOSÉ MARTÍ

Colección  
*ESTUDIOS DE TERRITORIO*

Universos socioespaciales  
*Procedencias y destinos*

*Clara Inés García*  
*Clara Inés Aramburo*

Editoras académicas



Siglo del Hombre Editores



Universos socioespaciales. Procedencias y destinos / compiladoras Clara Inés García y Clara Inés Aramburo. – Bogotá: Siglo del Hombre Editores, INER-Universidad de Antioquia, 2009.

300 p.; 21 cm.

1. Geografía humana - Colombia 2. Estudios socioespaciales - Colombia 3. Regiones Antioquia - Colombia 4. Planificación regional - Colombia I. García, Clara Inés, comp. II. Aramburo, Clara Inés, comp.

304.2 cd 21 ed.

A1234922

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Esta publicación se hace gracias a los aportes de la Estrategia de Sostenibilidad 2007-2008 de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia.

La presente edición, 2009

© Siglo del Hombre Editores  
Cra 31A N° 25B-50, Bogotá D. C. – PBX: (571) 3377700 • Fax: (571) 3377665  
[www.siglodelhombre.com](http://www.siglodelhombre.com)

© Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia  
Medellín – Tels.: (574) 2195699 • Fax: (574) 2110696  
[www.iner.udea.edu.co](http://www.iner.udea.edu.co)

Diseño de carátula  
Alejandro Ospina

Diseño de la colección y armada electrónica  
Precolombi, David Reyes

ISBN: 978-958-665-145-5

Impresión  
Panamericana Formas e Impresos S.A.  
Calle 65 N° 95-28, Bogotá D.C.

Impreso en Colombia-Printed in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

## ÍNDICE

Introducción.....	9
<i>Clara Inés García y Clara Inés Aramburo</i>	

### A. ENFOQUES

Los estudios regionales en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales .....	35
<i>Clara Inés García</i>	

Nuevo enfoque para el análisis regional. Elementos para la discusión.....	69
<i>Clara Inés García</i>	

Geografías del conocimiento: a propósito de la arqueología .....	87
<i>Carlo Emilio Piazzini Suárez</i>	

### B. DISPOSITIVOS, PRÁCTICAS Y SABERES

La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales.....	113
<i>Vladimir Montoya Arango</i>	

La organización jerárquica del paisaje en el estudio de la periurbanización: el caso de Manizales .....	137
<i>Juan Leonardo González Plazas</i>	

### C. RETRATOS Y RELATOS

Nuevas identidades y representaciones no hegemónicas del territorio en la Amazonia brasilera contemporánea .....	165
<i>Alfredo Wagner Berno de Almeida</i>	
Narrativas de identidad regional en Antioquia: la actividad económica y productiva.....	177
<i>María Teresa Arcila</i>	

### D. ESPACIOS INTIMIDADOS

Pluralidad de territorios y justicias en la región de Urabá.....	207
<i>Clara Inés Aramburo</i>	
Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín .....	245
<i>Andrés García Sánchez</i>	

### E. TRAYECTORIAS: MILTON SANTOS

La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos.....	283
<i>Alejandro Pimienta Betancur</i>	

## INTRODUCCIÓN

*Clara Inés García*  
*Clara Inés Aramburo*

Las sociedades fueron analizadas durante mucho tiempo a partir de sus temporalidades, las cuales marcaban la pauta para pensar las diferenciaciones entre unas y otras, o en cada una de ellas. Los distintos espacios se distinguían por las características que los situaban más atrás o más adelante en la escala de evolución histórica. Por tanto, el espacio era una categoría neutra que no jugaba en las explicaciones más que como una ubicación en un mapa, como una delimitación física y dada, pero sin incidencia en la interpretación de las condiciones particulares en las que se configuraban la identidad, los poderes y el territorio de los distintos grupos sociales. Bajo la égida de este paradigma, la coexistencia de las distintas maneras de comprensión del espacio fue invisibilizada bajo unos modelos de ordenamiento territorial omnicomprensivos que trazaban un único horizonte de desarrollo para todas las sociedades.

En las últimas décadas esto está siendo problematizado. El espacio, como categoría de análisis, se comienza a posicionar en el centro de las preguntas y de las formas de abordaje de los proble-

mas sociales. El espacio deja de ser pensado simplemente como un “recipiente”, y pasa a ser pensado como una dimensión que, junto con otras, hace parte del complejo juego de interacciones a partir de las cuales se forman y se transforman las sociedades. No solamente los procesos sociales asumen formas espaciales específicas, sino también estas formas inciden sobre las dinámicas y orientaciones de los procesos sociales. Las espacialidades expresan formas de poder, formas del ejercicio de la dominación, de la producción de desigualdades y diferencias. Igualmente, las formas espaciales son contestadas por los grupos que se proponen visibilizar otras maneras de ser, de relacionarse y de interactuar con el entorno: no hay resistencia, movilización social o poder alternativo que no comprometa nuevas maneras de representarse el espacio, de actuar y de hacer emerger nuevas espacialidades que posibiliten formas alternativas de relación social.

Así, el espacio no puede ser concebido sino como producción social, y en tanto tal, como resultado contingente de las interacciones sociales, dinámico, abierto y en constante proceso de transformación. El interesante reto que tienen las ciencias sociales es el de develar e interpretar la configuración o las reconfiguraciones que muestran los diferentes tipos de espacialidades sociales de su interés, o las relaciones espacio-temporales que dan cuenta de los diversos problemas sociales, y su significado en términos de las geografías de poder que están en juego y de las tendencias que éstas abran o cierren hacia el futuro para los grupos sociales.

En Colombia, paulatinamente se ha venido introduciendo esta nueva manera de abordar las sociedades, los grupos, los problemas sociales. El Grupo de Estudios del Territorio, adscrito al Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia, ha venido incursionando en este nuevo enfoque para dar cuenta de los distintos objetos de estudio de su interés. Con el presente libro, *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, queremos presentar algunos de los resultados de nuestras investigaciones recientes, los cuales muestran de diferentes maneras la tensión con respecto a los viejos paradigmas del conocimien-

to de lo social, y las posibilidades que abre el nuevo paradigma propuesto. La riqueza de los artículos aquí presentados tiene en particular tres aspectos que queremos resaltar.

En primer lugar, permiten al lector aproximarse a la reflexión teórica que este nuevo enfoque posibilita en relación con la construcción, los supuestos y las implicaciones epistemológicas y políticas de los conceptos, como a la reflexión sobre las propias geografías del conocimiento ejercidas por las disciplinas de la ciencia social. Los artículos expuestos en este libro también proporcionan diversas aplicaciones del enfoque socioespacial propuesto sobre problemas que disciplinas como la antropología, la geografía, la arqueología, la historia y la sociología suelen tratar de otras formas. En segundo lugar, el libro muestra la aplicación del análisis socioespacial a distintas escalas: subregional, regional, local, periurbana, fronteras donde se imbrican lógicas rurales con lógicas urbanas, y a una variedad de problemáticas de la planeación y la gestión territorial, tanto en lo que toca con los dispositivos de poder utilizados en el control y el ordenamiento del espacio por los Estados-nación, como en lo referido a estrategias alternativas que grupos sociales de base utilizan para la gestión del mismo. Se incluyen por ello artículos que analizan prácticas de movilización social y de construcción de identidad, asumidas como procesos socioespaciales que resultan de discursos y prácticas de poder sobre el territorio, y que permiten dar cuenta tanto de las identidades forjadas por grupos sociales consolidados en procesos de larga duración, como de las que en el presente y en territorios diversos se configuran y defienden de lo que les contraponen las fuerzas del capital o del conflicto armado. En tercer lugar, como una forma de reconocimiento, pero ante todo como una apertura a la revisión de las trayectorias intelectuales que han permitido fundamentar los estudios socioespaciales, incluimos un artículo que revisa la producción del geógrafo brasileiro Milton Santos y presenta sus pertinentes planteamientos acerca de la interacción entre diversas escalas socioespaciales y el problema de la ciudadanía.

Diez son los artículos incluidos en este texto, distribuidos en cinco apartados, según las relaciones temáticas que, en esta ocasión, el Grupo de Estudios del Territorio tiene para proponer a los lectores.

## ENFOQUES

El libro *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos* abre este primer apartado con tres artículos que proponen reflexiones epistemológicas y políticas en torno de las relaciones espacio-sociedad y espacio-conocimiento.

El primero de los ejes de esta reflexión teórica, la relación espacio-sociedad, se centra en el concepto de *región*, que por décadas ha convocado a las diversas disciplinas sociales en sus esfuerzos por dar cuenta de *las diferencias* que los fenómenos y procesos sociales muestran al asociarse a espacialidades diversas. La historia, la geografía, la antropología y la sociología han acudido a este concepto para describir y explicar las diferencias espaciales de las sociedades, sea cual sea la escala (mundial, continental, subcontinental, nacional o subnacional) que se adopte en los interrogantes. Pero como todo concepto, éste se constituye sobre la base de supuestos epistemológicos no exentos de consecuencias prácticas políticas a propósito de la propia sociedad y de sus geografías de poder. Es a este meollo al que la autora de los dos artículos: “Los estudios regionales en Colombia. Una crítica desde los estudios socioespaciales” y “Nuevo enfoque para el análisis regional. Elementos para la discusión”, quiere llegar en su análisis. En el primero de ellos, Clara Inés García devela lo que el uso del concepto “región” implicó al condicionar una determinada *di-visión* de la sociedad, de sus diferencias socioespaciales y sus proyecciones a futuro. En el segundo de los artículos, la autora propone unas pistas conceptuales para la investigación regional, con base en el enfoque de los estudios socioespaciales. Los lectores encontrarán, en una perspectiva crítica, no solamente un análisis panorámico de los estudios regionales en Colombia

diferenciados según enfoques, problemáticas y disciplinas, sino también una paulatina deconstrucción del concepto de “región”, que pone en evidencia los diferentes supuestos, nociones y características asociadas, junto con la resignificación del mismo a partir del enfoque socioespacial adoptado.

Las claves que se resaltan en estos artículos parten de la tensión que se produce con el viejo paradigma y la apertura que posibilita su resignificación a propósito del concepto de región propuesto, claves que, a la final, atraviesan también al conjunto de los conceptos socioespaciales (espacio, territorio, lugar, región[...]) que se trabajan a lo largo de los capítulos del libro y de los temas, problemas y escalas en él tratados.

Los lectores encontrarán aquí un análisis sobre la teleología a la que obligaba el viejo concepto de “región”, confrontada con una mirada socioespacial que necesariamente lleva al reconocimiento de la *diversidad de alternativas de futuro*; las concepciones binarias se verán cuestionadas con una categoría que por definición parte de la coexistencia de lo múltiple y lo diverso y, por tanto, de una aproximación a las *diferencias sociales y socioespaciales en plural*. No se parte aquí de opuestos binarios (nosotros / los otros; lo rural / lo urbano; los desarrollados / los subdesarrollados[...]), sino de la posibilidad política de encontrar *espacios en que se puedan hacer transversales esas diferencias* y así potenciarse para encontrar nuevos espacios de convivencia social. De la misma manera, las coherencias estructurales y funcionales con las que ha sido costumbre pensar las regiones, se quiebran ante la posibilidad de pensarlas ahora a partir de las geografías de poder en plural, de los lugares como *intersección de múltiples geografías*. Si con anterioridad estábamos abocados a pensar las unidades socioespaciales —en este caso las regiones— como dadas y esencializadas, ahora no solamente es posible concebirlas en su *contingencia*, sino además como resultados de las *interacciones y los condicionantes mutuos entre espacio y sociedad*.

El reconocimiento de las múltiples voces que implica cualquier aproximación a lo espacial en general y lo regional en par-

particular obliga a pensar *las dimensiones política e identitaria de todo fenómeno socioespacial*, y a comprenderlas tanto en sus conflictos y confrontaciones, como en los procesos y factores que hacen posible la construcción de “terceros espacios”, abiertos e incluyentes. Además, frente a los enfoques que producían dicotomías en la forma de aproximarse a lo regional como lo particular y singular, o como localizaciones dentro de una estructura genérica, el nuevo enfoque socioespacial se propone conciliar lo particular con lo estructural, y abordar las espacialidades y las regiones o los lugares en particular como producto de la interacción entre “los sentidos del lugar” mediante los cuales se configuran las subjetividades colectivas y las formas de apropiación simbólica del espacio, y los condicionantes de los procesos procedentes de escalas mayores que dan cuenta de los lugares según su “localización” en una estructura de dominación o desigualdad mayor.

El segundo de los ejes de la reflexión aportada en esta primera parte del libro, la relación espacio-conocimiento, dedica su atención a develar cómo la producción del conocimiento en cualquier disciplina —y para el caso analizado la arqueología— implica lo espacial, se tenga o no conciencia de ello, y lo implica en *una doble vía*: porque el saber es constituido por experiencias y conceptos espaciales y, a su vez, porque ese saber fortalece o hace emerger diferencias, jerarquías, hegemonías socioespaciales. Son las geografías del conocimiento a las que Carlo Emilio Piazzini da relevancia en su artículo y que entiende, siguiendo a John Agnew, como: “análisis de las dinámicas espaciales de localización, distribución, diferenciación, separación y jerarquización de los saberes que contribuyen a explicar la emergencia, apropiación y reproducción del conocimiento”.

La relación entre espacio y conocimiento en la que nos introduce el artículo “Geografías del conocimiento: a propósito de la arqueología”, hace referencia a lo que significa “*el lugar de la enunciación*” en la producción del conocimiento, esto es, a la relación entre lo que se conoce y dice, y desde donde se conoce y dice, y que cuestiona la neutralidad y universalidad del cono-

cimiento. Así mismo, con el acercamiento a “*la geografía de la lectura*”, pone en evidencia que en la circulación de las ideas éstas resultan modificadas según el contexto geográfico en donde sean apropiadas. En otras palabras, el espacio condiciona tanto el tipo de conocimiento que se produce como la manera en que éste es resignificado por parte de quienes lo apropian. Esto, obviamente, tiene consecuencias políticas: o se forma parte de quienes asumen las categorías y los productos del conocimiento como únicos, objetivos y universalmente válidos, y por tanto a cuyas conclusiones deben plegarse las políticas de intervención sobre la sociedad como las únicas posibles, o se visibiliza la diversidad de conocimientos, se privilegia el diálogo de saberes, y se construyen propuestas colectivas de futuro abiertas a posibilidades diversas.

Las relaciones entre espacio y conocimiento que este artículo nos permite subrayar de manera más específica, en tanto son analizadas a través de una disciplina, de un saber la arqueología, son a su vez muy instructivas y le permiten a cualquier otra disciplina social reflexionar y cuestionarse sobre los mismos problemas y sobre las concepciones espaciales y las espacialidades materiales que ella produce de manera particular. En primer lugar, cada disciplina en su práctica de conocimiento, en la relación que establece entre sujeto y objeto de conocimiento, *produce espacialidades particulares*. Para el caso de la arqueología, el autor ilumina con una nueva mirada lo que significan “el campo” como contexto en donde se sitúan el lugar de observación y el de hallazgos; “el laboratorio”, como el lugar para el acopio, la clasificación y el análisis de los materiales recogidos en campo, y “los museos” (entre otros) como espacios totalmente ajenos a los lugares de origen de los objetos expuestos y para un público igualmente ajeno a los mismos.

En segundo lugar, las disciplinas también *producen o reproducen conceptos espaciales* que condicionan el tipo de resultados de conocimiento, de jerarquías entre los saberes, de efectos políticos. En el caso de la arqueología el autor muestra cómo esta disciplina, con sus lógicas *in situ* y *ex situ* de producción espacial y de

conocimiento, pone en acción “categorías hegemónicas” como la que externaliza la relación sujeto / objeto de conocimiento, o la que clasifica lo rural / lo urbano, como aquello por conocer / lo que conoce, o las que producen cartografías conformes a la geopolítica dominante.

En tercer lugar, las disciplinas pueden colocarse en *lugares alternativos a la producción de conocimiento hegemónico*, producir otras concepciones del espacio y articular otras geografías del conocimiento. En el caso de la arqueología, el autor muestra las nuevas posibilidades que abre la adopción de los estudios socioespaciales, a través de un concepto caro a este enfoque: “*la co-presencia*” (o “la multiplicidad que coexiste” en palabras enunciadas en los dos artículos anteriormente reseñados). Para la práctica del conocimiento arqueológico se demanda ahora la co-presencia del arqueólogo con los objetos de estudio y sus lugares de origen, lo cual implica no separar el lugar de la evidencia de los lugares del análisis, y no dejar de lado como lugar de exposición al lugar de origen de los objetos. Esa co-presencia también implica no separar las concepciones y experiencias espacio-temporales del arqueólogo de las de los actores locales. El diálogo de saberes y la resignificación de los conceptos se plantean así como indispensables a la producción del conocimiento.

## DISPOSITIVOS, PRÁCTICAS Y SABERES

Los dos artículos que componen esta segunda parte proponen, desde la perspectiva teórica general del espacio como producción social, horizontes diferentes para discernir la naturaleza y los componentes del espacio, pero ambos coinciden en que son los agentes sociales quienes hacen posible su interpretación mediante una lectura crítica de la ciencia positiva. Con la propuesta de cartografía social, Montoya determina que la investigación no sólo conduce a la construcción de un nuevo conocimiento sino que ella es en sí una forma de incorporar el conocimiento tradicionalmente relegado por el pensamiento científico occi-

dental. Su propuesta apunta a invertir la relación del saber y el poder al romper con la forma tradicional de la investigación social del espacio que ha invalidado otras formas de observación y de narración. González, por su parte, propone el enfoque de la incertidumbre y la inestabilidad de los sistemas de Prigogini para estudiar el funcionamiento de los sistemas urbanos a los que les aplica seguidamente el análisis de la organización jerárquica del paisaje. Estos dos enfoques, abordados con experiencias concretas, nos proveen de dos modelos analíticos enriquecedores para el conocimiento del espacio y su gestión.

Ambos artículos nos remiten al concepto de *dispositivo*, el cual, según Foucault, no indica algo meramente operativo sino un campo de relacionamiento entre el saber y el poder donde se cruzan, en una retícula, elementos que juegan estratégicamente entre sí. Para Deleuze, “el dispositivo” de Foucault, 1) deja ver unas partes de la realidad mientras que mantiene otras en la penumbra, 2) determina qué es lo enunciable y qué no lo es, 3) dice cuál debe ser el tipo de relaciones y las condiciones en las cuales un individuo se convierte en sujeto / objeto de conocimiento.

En el artículo “La cartografía social como instrumento para otras geografías. Apuntes para un diálogo de saberes territoriales”, Vladimir Montoya señala cómo la noción de dispositivo como lugar de confluencia de prácticas, poderes y saberes, así como la de espacio concebido más allá de ser la primera experiencia material del hombre, y entendido como determinante de y determinado por la vida humana, son los puntos de partida para entender al ser social inmerso en realidades espaciales constituidas por distintos procesos y luchas por la constitución de territorialidades dentro de un mismo espacio material, luchas y procesos que, a su vez, como dice Deleuze, son más o menos visibles, más o menos enunciables, y más o menos favorables para la constitución de los sujetos, es decir, hacen parte de un sistema de relaciones de poder donde se debate lo hegemónico y lo subalterno. A partir de allí, el autor detalla el juego de las prácticas y los saberes contenidos en tres distintas experiencias de cartografía social. Ade-

más de sumergirnos a partir de ellas en la cotidianidad de tres formas de producción del espacio, Montoya nos invita a leerlas como metodología de investigación y estrategia de construcción de conocimiento que subvierte los lugares de enunciación, las categorías de validación y la gramática hegemónica de la ciencia positiva occidental.

La cartografía social es retomada en su definición como: “[...] una metodología nueva, alternativa que permite a las comunidades conocer y construir un conocimiento integral de su territorio para que puedan elegir una mejor manera de vivirlo”; enfatiza la necesidad de poner la ciencia al servicio de la subalternidad, y desmonta la idea de que las representaciones reemplazan los procesos reales y las realidades vividas por los pobladores. Así, la experiencia de la Amazonia con el proyecto Nueva Cartografía Social del Amazonas, propicia el diálogo de saberes, y su resultado permite elaborar documentos que formalizan la existencia de diferentes grupos sociales que la representación cartográfica tradicional suele invisibilizar. En ese diálogo de saberes es central la elaboración de una autocartografía de los grupos implicados, que exprese la valoración de los diferentes recursos del territorio y sus usos para luego convertirlas en políticas públicas. La segunda experiencia revisada por el autor es el proyecto Marenass de Mapas Parlantes, realizado en la sierra peruana, y que considera equivalente a la metodología de cartografía social en tanto recoge gráficamente la percepción de los participantes sobre el territorio local. Por último, el artículo refiere el caso de la Fundación La Minga en Colombia, realizado en el marco del “Plan solidario para recuperar la vida” y el cual, tras la utilización de mapas técnicos para el estudio de la organización comunitaria, pasó a la elaboración de mapas por la propia gente para “poner sobre la mesa el saber de los pueblos indígenas sobre su territorio y, de esta manera, legitimarlo”.

La incorporación de los grupos sociales y su conocimiento en la construcción tanto de conocimiento como de sus realidades espaciales es el insumo para la planificación urbana, las propuestas

de desarrollo territorial y el tratamiento de conflictos socioambientales, fortaleciendo espacios participativos que contribuyan a la afirmación de identidades colectivas, a la apertura de las políticas públicas y a la proposición de estrategias conducentes a la equidad territorial y poblacional. El artículo hace una apuesta por la recomposición de las metodologías de investigación, ya que toca el carácter epistemológico y la condición de saber fronterizo desde una propuesta transdisciplinar apuntalada en el diálogo de saberes entre los técnicos y los agentes sociales, asumidos todos como sujetos activos en producción, análisis e interpretación de los datos y las representaciones del territorio.

El artículo “La organización jerárquica del paisaje en el estudio de la periurbanización: el caso de Manizales”, de Juan González, invita a interpretar el entorno periurbano como hábitat o modo de vida colectivo construido sobre situaciones ambientales determinadas. Para su tarea utiliza la teoría de la organización jerárquica del paisaje bajo la perspectiva de inestabilidad, cambio y fractales de los sistemas —urbanos en este caso— de Prigogini, y la metodología de análisis de estructura, función y forma del hábitat que propone Bunge, todo bajo el concepto más general del espacio como socialmente construido. Su punto de partida es un modelo de ciudad denominada *ciudad difusa* (Dematteis, 1998, p. 17), que redefine la cuestión urbana con el paso de la concentración a la dispersión. Esto significa propagar y disolver en el espacio unas prácticas de vida urbana en escenarios rurales consolidados o difusos tal y como es analizado en la configuración del hábitat periurbano de Manizales, donde la escasez de suelo urbanizable hace que el casco urbano se diluya en una riqueza de tipologías de asentamientos dispersos que también reproducen problemáticas de segregación espacial.

Los lectores encontrarán en este artículo una propuesta para leer esa reconstitución de las relaciones entre el campo y la ciudad, la renovación de las características sociales en la periferia, y los empalmes entre los modos de vida urbano y rural de la mano del concepto de asentamiento periurbano. Éste es concebido como

un compuesto espacial de microsistemas, una unidad nuclear de funcionamiento socioespacial que puede comprenderse bajo la categoría de *holón*, entendido como una especie de fractal integrador de componentes de un sistema mayor, caracterizado por su semiautonomía y por tener intercambios e influencias de y con sus holones vecinos. Por hacer parte de un sistema abierto compuesto por otros holones que intercambian energía de manera inestable debido a la condición desigual de cada uno, y según el principio de la termodinámica, este fractal motiva la evolución y el cambio en el espacio, pero reproduce también situaciones de segregación espacial y social, generación de conflictos ambientales, condiciones de prolongación de la calidad de vida, además de otras características particulares de hacinamiento, contaminación, valoración del espacio, alienación urbano-rural, entre otras de signo positivo que por no ser problemáticas no son tan prolíficamente referidas.

Bajo este esquema de interpretación de la organización jerárquica del intercambio en un sistema urbano abierto, y de la metodología de análisis de estructura, función y forma, el artículo diferenció trece tipos de holones de funcionamiento periurbano en Manizales con ayuda de herramientas digitales, y determinó distintos patrones espaciales de poblamiento según las diferentes formas de interacción socio-espacial hombre-casa-entorno. En este punto se advierten las diferencias en las prácticas y los saberes involucrados en la producción y concepción del espacio, que son también imaginarios ambientales heterogéneos para morar, laborar, concebir el bienestar, valorar el uso del suelo y percibir las problemáticas de densificación y escasez del suelo entre muchas otras de particular interés entre los pobladores. Por invitación del autor, esas distintas formas de prácticas y saberes deben estar en permanente diálogo, mediadas por iniciativa de universidades, gobierno, gremios privados y representantes de las comunidades para volcar aquella diversidad de opiniones sobre el manejo socio-espacial en la construcción de una equidad social en el espacio urbano y periurbano, y establecer vínculos institucionales a fin

de trabajar formas expeditas para el uso racional del suelo, la inversión social y la optimización socio-espacial del sistema urbano por fuera de consideraciones clientelistas e intereses particulares.

## RETRATOS Y RELATOS

La tercera parte del libro *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, la conforman dos artículos cuyos análisis se focalizan en dos manifestaciones de un mismo problema: la manera como territorialidades o regiones específicas se asocian a los procesos de producción de identidades sociales. En ellos se despliegan los conceptos de territorio y de región en la dimensión simbólica que los define, al mismo tiempo que se manifiesta la pertinencia del uso de uno u otro concepto a la hora de enfrentar determinados problemas sociales y de investigación. De otra parte, se trabaja con el concepto de identidad-identificación, en situaciones en las que la dimensión socioespacial está comprometida como uno de los ejes articuladores del autorreconocimiento y la autorrepresentación de grupos sociales específicos. Y como en los demás apartes del libro, estos artículos también discuten las tensiones e insuficiencias de los viejos conceptos, y los retos que se imponen para los abordajes presentes.

Los grupos se apropian del espacio que habitan o controlan, también por medios afectivos y simbólicos, al semantizar los espacios y atribuirles, con sus prácticas y sus representaciones, los sentidos que contribuirán con la coherencia y fortaleza de los sentimientos de pertenencia, identidad y diferencia con que ellos se reconocen y establecen fronteras entre sí y con los otros. Pero esa manera de representarse como grupo ante los demás, o de representar las diferencias que constituyen al grupo mismo, son resultado de una lucha por la definición de una clasificación determinada, de una lucha por “el poder de [...] hacer que [la gente se] identifique y clasifique de determinada manera; el poder de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social, y a partir de allí, de hacer y deshacer grupos” (Bourdieu, 1991).

En estas luchas por las clasificaciones para la definición de las identidades se juegan tanto la producción de las identificaciones que devienen hegemónicas —las que se imponen y tienden a generalizarse—, así como la producción de identificaciones alternativas —las que luchan por visibilizarse frente a las hegemónicas—. Y es precisamente esta interesante dialéctica la que los dos artículos de esta tercera parte del libro nos permite mostrar. En el artículo “Nuevas identidades y representaciones no hegemónicas del territorio en la Amazonia brasilera contemporánea”, Alfredo Wagner Berno de Almeida analiza las luchas por la apropiación del territorio amazónico en el Brasil adelantadas en la actualidad por grupos subalternos que, con sus movimientos sociales, construyen o visibilizan y fortalecen sus identidades frente a los poderes dominantes que no sólo los han invisibilizado en las representaciones de la diversidad social de la región amazónica, sino que con ello pretenden seguir negándoles sus derechos sociales, culturales y territoriales. Por su parte, el artículo “Narrativas de identidad regional en Antioquia: la actividad económica y productiva”, de María Teresa Arcila, analiza las representaciones sociales producidas en los textos de la historiografía antioqueña decimonónica y de principios del siglo XX, como fuente privilegiada para identificar las claves de la producción del discurso hegemónico de identidad con que los antioqueños se representaron como región ante el resto de los colombianos durante casi dos siglos.

En esta parte introductoria del libro queremos destacar el contraste que estos dos artículos permiten realizar a propósito de la utilización de los conceptos región y territorio, y de la comprensión de dos momentos y lugares de la producción de los discursos de identidad socioterritorial. Resaltamos a continuación los principales rasgos que este contraste permite realzar.

El análisis de las luchas por las identidades en el Amazonas brasilero muestra la pertinencia del concepto de territorio, y más específicamente el de territorialidades, en un contexto en el cual diferentes grupos sociales, en territorialidades diversas, con es-

trategias hasta contrapuestas y con intereses específicos luchan por visibilizar su identidad como grupo y reivindicar los derechos ciudadanos frente al Estado o las grandes empresas multinacionales que los atropellan. Cada caso está referido a una territorialidad específica, a una espacialidad delimitada en función de la forma de habitarla, recorrerla, usarla y simbolizarla por parte de un grupo determinado. En el análisis sobre la región antioqueña, el concepto de región adquiere todo su sentido y pertinencia, pues se trata de una unidad socioespacial que abarca grupos diferenciados —comerciantes, banqueros, empresarios, campesinos, colonos, barequeros, blancos, mestizos, indios, entre otros—, y que pretende ser representada a través de una matriz identitaria única, común a todos, independientemente de las diferencias internas y de las diversas maneras de percibir las y representarlas, en la que se subrayan sólo unos rasgos como los predominantes y valederos por la naturaleza de las cosas y, por tanto, subordinando y ocultando otros. En otras palabras: cuando se quiere dar cuenta de cómo se configura una espacialidad social que de alguna manera cuenta, a pesar de las diferencias, como *una unidad de significación para todos los grupos sociales que en ella se debaten y disputan la manera de apropiarse y significarla*, el concepto de región es el adecuado. Cuando se quiere dar cuenta de la manera como *un grupo o agente específico* demarca un territorio específico como el objeto de su interés, de sus prácticas de control y de sus representaciones, territorio y territorialidad son los apropiados.

En el artículo sobre la Amazonia, son las múltiples voces las que se expresan, la diversidad de conflictos de comunidades diferentes frente a poderes públicos y privados diversos. Es el momento presente en el que se visibilizan las voces que por centurias se mantuvieron sojuzgadas y que ahora, por medio de la movilización social y la conciencia del papel de la autoidentificación, reivindicar su condición de actores con derechos sobre un territorio determinado. Son los discursos de identidad subalternos los que emergen. En el artículo sobre Antioquia, es la voz de quienes construyeron, en el siglo XIX y principios del XX, un proyecto

hegemónico regional y, a partir de él, su poder y su participación en el poder hegemónico nacional.

En el artículo sobre la Amazonia son la oralidad, y la cartografía y la movilización sociales, las vías a través de las cuales los grupos subalternos construyen y visibilizan sus autoidentificaciones. Es el momento en que estos grupos se rebelan y saltan al escenario de la política. En el artículo sobre Antioquia es la escritura, los textos del sector letrado, una de las vías a través de las cuales el grupo dominante articula el discurso hegemónico que le servirá de soporte. Es el momento en que apenas se están articulando las redes e instituciones económicas, sociales y políticas mediante las que este grupo forja una manera de apropiación y articulación del territorio.

Para cerrar este acápite queremos enfatizar que lo espacial pensado como territorio, región o lugar es siempre una producción social y, como tal, es abierto y está sometido a una constante transformación. Igualmente lo son las identificaciones, no sólo porque las relaciones entre los grupos y el entorno se transforman, y porque las disputas entre los grupos cambian las posiciones y las relaciones de fuerza, sino porque la manera de simbolizarlas también cambia, y nuevas simbolizaciones acaban materializando nuevas realidades. De ahí que nos inclinemos más por el concepto de identificación que por el de identidad; el primero da mejor cuenta del proceso (Cardoso de Oliveira, 2001), el segundo está más asociado a las identidades como esencializadas.

## ESPACIOS INTIMIDADOS

En el tema de espacios intimidados, la cuarta parte del libro *Universos socioespaciales. Procedencias y destinos*, quiere dar cuenta del encono con que se relatan los hechos históricos y las narrativas culturales sobre determinadas espacialidades haciendo de ellas territorios sobrecojidos, acobardados, cohibidos, de donde sus pobladores han salido despavoridos a refugiarse a otros lugares materiales o simbólicos. Los dos artículos que se reseñan a con-

tinuación nos muestran cómo la naturaleza de las espacialidades negras e indígenas en Urabá, y las nuevas construidas por los afrocolombianos en Medellín, siguen siendo territorios violentados, no sólo por la última de nuestras guerras con los paramilitares, sino por violencias instaladas en el tiempo, epistémicas, venidas de la concepción de civilización y de barbarie que alentó las cruzadas evangelizadoras y las empresas colonizadoras que trazaban la ruta hacia el progreso, acompañada por miopes principios de religión católica, raza blanca y cultura occidental. Estos viejísimos principios se instalaron como arquetipos que operan todavía hoy, y autorizan a quienes así erróneamente lo creen, a entrar con libertad a determinados territorios por considerarlos vacuos, inservibles, inutilizados.

El primero de los artículos, titulado “Pluralidad de territorios y justicias en la región de Urabá”, de Clara Inés Aramburo, propone entender la imbricación entre la guerra, las diferentes territorialidades de una región pluriétnica y multicultural, y los esguinces culturales y políticos hechos a la violencia por vía de diversas formas de justicia construidas en las territorialidades indígenas y en las comunidades de paz, algunas de ellas constituidas por negros desplazados de sus territorios. Para el primero de los términos de la relación —la guerra— los lectores encontrarán algunas de las conjeturas sobre su origen derivadas de los estudios académicos que relacionan el largo conflicto de Urabá con distintas características del Estado en la región, con la disputa por la soberanía del Estado, y con la disputa por poseer y controlar las condiciones geoestratégicas de la región. Con respecto al segundo término de la relación —las territorialidades—, el artículo fundamenta las diferencias territoriales en la combinación entre los tipos de autonomía sobre los territorios, los particulares procesos y luchas sociales y políticas en la instalación en el territorio, las respectivas prácticas con el entorno, y las diversas formas de relacionamiento. La autora declara no compartir la vieja interpretación que relaciona una misma cultura con un mismo espacio (indígenas y afrocolombianos confinados en sus resguardos).

dos y territorios colectivos), ni que la identidad cultural dependa del vínculo con un territorio determinado (se es indígena en la ciudad), ni que las formas de relacionamiento sean las mismas al interior de las territorialidades y por fuera de ellas. La territorialidad, entonces, comprende unos espacios físicos discontinuos, ordenados en términos de un sistema de significados donde adquieren coherencia y expresión los movimientos, las acciones y las relaciones de un determinado grupo con respecto a los demás, pero su existencia también requiere el reconocimiento porque, como dice Fredrik Barth, es una forma social de incorporación a un sistema de relaciones.

Los lectores verán cómo la diversidad de territorialidades fundamenta la diversidad de justicias o distintas formas de comprensión de la justicia, el tercer término de la relación enunciada. El artículo sostiene que poner el conflicto regional en la escena internacional entabló una nueva relación entre escalas espaciales mediadas por la relación entre distintas formas de justicia pues una vez instalada la justicia internacional de los derechos humanos y del derecho internacional humanitario (DIH), comenzó la relación entre la justicia indígena, aquella ordinaria del Estado, la internacional, y las nuevas formas de justicia “híbridas” reelaboradas para las condiciones particulares de determinadas territorialidades de la región.

Según la autora, la justicia internacional dio pie a que en Urabá se comenzara un proceso de construcción social de la “víctima” como un nuevo sujeto regional. Para demostrarlo analiza dos experiencias de reconocimiento y sus resultados en la reconfiguración de las tradicionales formas de justicia: la de los indígenas y la de los desplazados. Con relación a la primera, los indígenas de la serranía de Abibe y del Atrato aceptaron la limitación de las formas de sanción y control indígena para enfrentar la guerra; incorporaron la justicia internacional para desarrollar estrategias de protección de los derechos indígenas con ayuda del DIH, y revitalizaron sus estrategias para fortalecer la autonomía y hacer valer el control sobre el territorio. Con el diseño de un puñado de

acciones, a pesar del escalamiento y la degradación del conflicto, pudieron ser uno de los pocos sectores sociales rurales que permanecieron en sus territorios, a los que les fueron reconocidas su organización y la autoridad de sus Cabildos, y que pudieron ejercer la Jurisdicción Especial Indígena y el derecho interno.

En el segundo caso, la experiencia de los desplazados de Urabá con énfasis en las comunidades negras del Atrato, la renuncia a gestionar el retorno a sus tierras con la justicia ordinaria puso en tela de juicio la idoneidad política del Estado y la pérdida de preeminencia como comunidad política de referencia para resolver el conflicto. Esto se materializó en la búsqueda de la intervención de los organismos internacionales en las guerras intestinas con la aceptación de la justicia internacional para enfrentar al conflicto, en la solicitud de medidas preventivas de protección ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en la creación de nuevas territorialidades bajo la denominación de zonas neutrales y comunidades de paz, y en la reconfiguración de la interacción con el Estado. El artículo deja abierta la puerta para entender a futuro cómo en tiempos de globalización y de guerras de nuevo tipo es fundamental pensar las formas de actuación de las distintas instancias políticas de referencia (comunidades y justicias) como ejemplo para la comprensión de otras formas de reconfiguración espacial en medio del conflicto en otras regiones del país.

El artículo, “Geografías racializadas: configuraciones espaciales de la exclusión étnica afrocolombiana en Medellín”, de Andrés García, toca aquel trasfondo histórico en el que se configuró la estrategia de conquista y dominación europea sobre América con la que se configuraron nuevas identidades basadas en diferenciaciones raciales y jerárquicas entre indios, negros, mestizos, españoles y europeos, a la par que se “inferiorizaron” determinados espacios que justificaron la expansión, dominación e invasión del Estado europeo y del capitalismo económico sobre América bajo el argumento de la civilización y el progreso. De ahí proviene la categoría de geografía racializada, amparada en fundamentaciones epistemológicas que dividían a las poblacio-

nes y los territorios —según la taxonomía colonial, como precisa Agnew— entre “civilizados” y “salvajes”, “irracionales” y “racionales”, “modernos” y “primitivos”, “tradicionales” y “vanguardistas”, “Oriente” y “Occidente”.

Este pensamiento fue heredado para la constitución de nuestro Estado, y reproducido por los intelectuales del siglo XIX una vez instaurada la República, quienes conjugaron conocimiento y poder para dotar determinados territorios de contenidos de inferioridad, incapacidad y exclusión de ellos y sus pobladores de un proyecto de Nación. Esto es lo que el autor precisa como *violencia de la representación* o mecanismos discursivos que han legitimado la violencia física, la dominación y el aniquilamiento de un *otro* definido como diferente e inferior, y sobre la que se formó una representación basada en una imagen de identidad blanca, católica y masculina, que excluyó no sólo a negros e indios, sino también a las mujeres.

La élite antioqueña también operó con ese concepto de la racialización de la geografía para constituir la imagen de la “antioqueñidad”, y excluir a aquellos que no hicieran parte de los arquetipos de raza, religión, lengua y territorio. De ahí la imposición de proyectos y modelos culturales, políticos y económicos de carácter hegemónico diseñados desde el *centro* para ser ejecutados en las periferias como ocurrió con la colonización antioqueña en Urabá.

Esa racialización de la geografía y periferización de ciertos lugares y pobladores también se ha reproducido en la ciudad, escenario por excelencia del ejercicio biopolítico que hace del destierro y la guerra los dispositivos de control y dominación sobre poblaciones y espacios. La situación histórica y sistemática de destierro forzado de la población negra, como advierte su autor, no ha gozado de estudios que evidencien cómo opera en el contexto urbano aquella mentalidad racializada que ve en el negro al otro no incluido sobre quien, además, pesa la mentalidad urbana del otro ajeno y peligroso llegado desde afuera. Tampoco se han construido y aplicado “enfoques diferenciales étnicos” que

atiendan y reparen a las víctimas afrocolombianas en el marco de las políticas públicas departamentales y municipales.

Los testimonios de habitantes negros de un barrio de Medellín (Nuevo Amanecer Mano de Dios) evidencian la presencia de los arquetipos culturales excluyentes en las relaciones cotidianas con los otros pobladores y con funcionarios del Estado como parte de las prácticas y relaciones de aquel dispositivo foucaultiano. Sin embargo, en sus experiencias de resistencia, las comunidades y los sujetos afrocolombianos desplazados reconfiguran sus memorias sociales, y reconstruyen sus proyectos de vida individuales y colectivos en las dinámicas de apropiación territorial y de construcción de barrio / ciudad que buscan enfrentar las cambiantes formas del racismo estructural imperantes en Medellín.

## TRAYECTORIAS

En el artículo con que se cierra el libro, “La globalización y el lugar de la ciudadanía: una reflexión a propósito de Milton Santos”, Alejandro Pimienta se aproxima al pensamiento de Milton Santos, pionero latinoamericano en producir conocimiento situado a propósito de lo espacial como clave para la comprensión de la sociedad, a partir de la interesante y compleja relación que dicho autor encuentra entre lugar y ciudadanía en tiempos de globalización.

No sobra recordar, como lo establece el segundo artículo de Clara Inés García, que la globalización fue una de las fuerzas de la vida social contemporánea que coadyuvó en mayor medida a cuestionar las categorías socioespaciales con que la ciencia social operaba, y a romper con la cerrada tríada de lugar-grupo-cultura. Con la dinámica socioespacial que la globalización impuso se hicieron evidentes asuntos tales como: a) lo poroso y difuso de las fronteras de localidades, regiones y naciones, b) la producción de las identidades y las diferencias a partir de la interacción y del contacto entre grupos culturales diversos, c) el hecho de que todo lugar se define y caracteriza también en función de condicio-

nantes procedentes de otras escalas socioespaciales, d) que hay una permanente dialéctica entre lo local y lo global. Sin embargo, si la globalización sirvió en este sentido para hacer la crítica de ciertas categorías de la ciencia social, por otra parte, también se constituyó desde el lugar de la fuerza económica que la impuso en un discurso hegemónico que antepone como realidad única la lógica del capital y del mercado como ordenadora de la vida social, y que la concibe como la escala espacial que impone sus exigencias sobre las demás. Y a partir de allí, lo particular, lo diverso, lo local, tendieron a desaparecer como realidades significativas para la vida social, y a quedar subordinadas a los imperativos universales del capital.

Pues bien, el análisis que Pimienta realiza sobre los documentos de Milton Santos brinda al lector una triple oportunidad:

- Acceder a una crítica a la globalización como proceso, entendida desde la lógica hegemónica que impera en nuestros tiempos.
- Profundizar el concepto de “lugar” desde la dimensión política comprometida en su definición.
- Pensar la ciudadanía como categoría socioespacial y proyecto político que emerge como alternativa contrahegemónica al significado económico, a-espacial y antipolítico de la globalización, tal como el discurso hegemónico lo plantea.

De las reflexiones que el artículo de Pimienta trae del trabajo de M. Santos, queremos resaltar aquí las pertinentes al concepto de “lugar” y a las implicaciones políticas que éste tiene cuando se lo asocia a la dinámica y el discurso hegemónicos a propósito de la globalización. Lo hemos subrayado desde el comienzo de esta introducción: no hay categorías socioespaciales exentas de supuestos epistemológicos e implicaciones políticas prácticas. Este artículo vuelve a anteponer esta idea.

En primer término, situemos el concepto de “lugar”: los artículos de Clara Inés García y Vladimir Montoya lo retomaron